

EL DEBER DE LA INFORMACION

LAS «distracciones»—llamémoslas así—de algunos colaboradores de la prensa diaria deben de gozar de un apartado especial en el capítulo de las indulgencias. De otra manera, la indignación o la agresión perturbarían a cada paso nuestra calma de lectores, acostumbrados ya a toda clase de inexactitudes y ligerezas. Estas, particularmente en lo que concierne a citas o referencias bibliográficas, adquieren a menudo una calidad grotesca y una confusión de caos. No ha mucho, un conocido periodista, amante de alusiones e indigestiones literarias, atribuía a Dante el famoso endecasílabo: *J' vo gridando: Pace, pace, pace*. Más recientemente, otro respetable escritor, en cuyas venas corre precisamente sangre italiana, dedicaba un entero artículo a glosar la expresión *A' posteri l'ardua sentenza*, que él de pequeño oía repetir a su padre, preguntándose angustiosamente quién sería el autor de la frase, que nunca había logrado descubrir. Pocos días atrás, otro escritor de moda, capaz de afrontar los más diversos asuntos, al lanzarse a interpretar lingüísticamente el vocablo italiano «Trieste», correspondiente al eslavo «Trst» (por dificultades tipográficas esta misma grafía es inexacta), parecía asignar al novelista húngaro Mauricio Jókay la opinión de que las consonantes son los huesos del idioma y las vocales la carne.

En realidad, esta última metáfora es uno de tantos lugares comunes de que se sirve, desde Bopp, la filología: parece muy dudoso que su paternidad se deba a un novelista. La frase *A' posteri l'ardua sentenza* se halla como respuesta a una pregunta que se formula enfáticamente Manzoni en su célebre oda «Il Cinque Maggio», escrita a raíz de la muerte de Napoleón: esto lo sabe cualquier alumno un poco listo de un liceo italiano. El grito *J' vo gridando: Pace, pace, pace* no es de Dante, sino de Petrarca: cierra la 128 de sus *Rime*. Conste que se trata de tres episodios espigados al azar (no tanto, pensará el lector, y hará bien) en el campo de mi memoria, aparecidos, además, en dos de los mejores diarios de este país. Sería fácil aumentar la lista, con lo que obtendríamos una lamentable y enojosa antología del disparate. Muchos sin duda encontrarán pedantesca y exagerada esta crítica; y justificarán los deslices de este tenor acudiendo a los consabidos pretextos de los espíritus

benévolos: la precipitación en la labor cotidiana, la necesidad del artículo diario, que proporciona cocido y toros, «panem et circenses». Sin embargo, ¡es tan sencillo no meterse en berenjenales! ¡Es tan cómodo dejar la pluma en suspenso cuando no se está seguro de lo que se va a escribir!

Siguiendo, en efecto, este borrascoso camino de la condescendencia, llegaríamos a las soluciones más sorprendentes. Toda improvisación merecería nuestro respeto; si a la precipitación y a la necesidad se añadía el miedo circunstancial, todo dislate sería digno de aplauso. Y el profesor tendría que cruzarse de brazos y oír con embeleso al grandullón que, repitiendo por quinta vez su examen de reválida de bachillerato, proclama que Aníbal, después del desastre de Zama, «se retiró a un monasterio», que *Pepita Jiménez* es una «pieza teatral de Juan del Encina» o que Viriato fué «un pretor romano fusilado por los moros». Tres respuestas absolutamente históricas. Palabra. Y un quinto suspenso absolutamente correcto.

De asombro en asombro, acabo de ver ahora que otro escritor de fuste, después de residir una temporada en Mallorca, ha descubierto a Costa y Alcover. La cosa, desde luego, no reviste en sí la menor importancia, no implica el mínimo escándalo. Cada uno es libre de hacer llegar su ignorancia hasta el límite que tenga por conveniente. Por lo que respecta a Mallorca, tanto en su aspecto cultural como en su aspecto geográfico, creo que el problema sigue planteado con un cariz que no deja adivinar solución posible. La desafortunada corriente de turismo que inunda desde hace años la hermosa isla mediterránea no sólo no rasga el telón de la ignorancia, sino que lo aprieta y endurece. Yo juraría que ningún periodista mallorquín, ni siquiera en las horas más insoporables de la madrugada, sería capaz de confundir a Vizcaya con Bilbao. Pues bien: hace poco más de una semana, el más encopetado diario madrileño en uno de sus titulares hacía intoxicar en Palma de Mallorca a una docena de ciudadanos; leída con calma la información, inferíase que la desgracia había tenido lugar en un pueblo del centro de la isla. ¿Cuándo se aprenderá que Mallorca no es Palma, y que Palma no es Sineu?

Volviendo a nuestro colón de Costa y Alcover, resulta que ambos poetas eran ya leídos y sentidos por él desde la juventud. Pero sigue ignorando si Costa y Llobera escribió alguna vez en la lengua de Castilla; por otro lado, no ha llegado aún a sus manos el poema *La deixa del geni grec*. ¡Pavorosa duda y dura inaccesibilidad! Uno creería que para satisfacer estos deseos hay que superar, próximos al centenario del nacimiento del poeta de Pollensa, las doce fatigas de Hércules: desempolvar archivos, quemarse los ojos encima de manuscritos, evacuar consultas, suscitar discusiones mágicas. No. Basta tomar cualquier tranvía

de Palma (que, este sí, con su traqueteo y sus chillidos os hará pasar las de Caín, al precio de cincuenta céntimos) y penetrar en cualquier biblioteca medianamente civilizada para pedir, por ejemplo, el volumen de las *Obres completes* de Costa y ver sus ochenta páginas, a veces a doble columna, de excelente poesía castellana.

Quien no se sienta con ánimos de subir al vetusto carromato, o de desembolsar unas pesetas para coger un taxi, o de telefonar siquiera a un amigo solvente, mejor será que se quede en casa, junto a una taza de té, sin mover la pecadora pluma. Con ello no perderá nada la cultura; todo será, al contrario, más amable, más llevadero y más alegre. No sentiremos ninguna intervención bárbara en nuestra vida. Y nos libraremos de convertir las nobles columnas de una revista en cátedra de primera enseñanza—con todos los respetos que ésta me merece—.

MIGUEL DOLÇ

